

## SCIACCA, DE ARISTOTELES A SANTO TOMAS

POR

JUAN VALLET DE GOTTISOLO

1. Entre las personas que más me han enriquecido intelectualmente se halla, sin duda alguna, el profesor Michele Federico Siacca. Es para mí un hecho indudable, que debo reconocerlo públicamente. Como maestro, él ha sido quien mejor me ha enseñado a ver más aguzadamente y a comprender de manera más clara y distintivamente; y, todo esto, gozando del placer de escucharle y de leerle. Cuando digo escucharle no me refiero solo a sus conferencias, sino a la delicia de su conversación, en las charlas de sobremesa —que nunca deseé tuvieran el término que lo cotidiano exige— o en nuestros viajes a Segovia para reunirnos con el canónigo —don Lucas García Borreguero— y el notario —mi entrefiable amigo, que Dios se llevó también, Alfonso Martínez Almeida—.

Especialmente no puedo olvidar el último curso, que impartió en Stresa, en el que fui uno de sus alumnos y donde explicó el pensamiento de Santo Tomás de Aquino.

En el número 8 de los *Quaderni della «cattedra Rosmini»* —que el *Centro internazionali di Studi Rosminiani* de Stresa dedicó íntegramente a su memoria— aparece entre las *testimonianze* una mía, brevísima. En ella agradecí al maestro esa claridad, que nos había difundido en el curso anterior, para ayudarnos a penetrar en el conocimiento de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino. Allí nos hizo ver cómo el Aquinatense reelaboró, no solo a Aristóteles sino también a Platón; y que, además del camino de la inducción, por el que se asciende desde los efectos hasta las causas, Santo Tomás mostraba que, las ideas, los pri-

meros principios, se alcanzan por una facultad de la que está dotado nuestro intelecto, que, si bien no tiene innatas esas ideas —contrariamente a lo que creía Platón— sí tiene una aptitud, propia del hombre, para obtenerlas directamente de la misma realidad que nuestros sentidos externos perciben. Es una facultad que, sin duda, la experiencia desarrolla y educa, y que nuestro llorado, querido e inolvidable Sciacca, poseía en el sumo grado humano, tanto en extensión como en profundidad y detalle, pues, sus alas y ojos de águila le tenían superdotado para ello.

La predilección que en sus últimos años sintió por nosotros, los amigos de la Ciudad Católica, agrupados en nuestra labor en torno de la divisa de *Speiro* —es decir, sembrar—, en la que tan generosamente cooperaba, no solo nos trajo el regalo de su magisterio, sino el de sus iniciativas. En casi todas nuestras Reuniones en las que participó, nos proponía un tema general para desarrollar en la del año siguiente; incluso nos ayudaba en la confección del programa y en la selección de los nombres más adecuados para actuar de ponentes según el tema de cada conferencia. Así comenzó a hacerlo el mismo día en que concluimos la X Reunión, *Cristiandad y sociedad pluralista laica* —primera en la que él participó, explicándonos el tránsito *Desde el sansimonismo de ayer a la tecnocracia de hoy*—; nos propuso el tema de la XI, *Contemplación y acción* —al cual nos introdujo con una maravillosa exposición de *La contemplación como fundamento del saber; Marta y María*, en cuya segunda parte glosó con gran finura de matices ese pasaje del evangelio de Lucas—. En las sucesivas reuniones, nos propondría: para la XII, *Revolución, historicismo y tradición* —encargándose de la exposición general del tema— y en la XIII, dedicada a *Santo Tomás de Aquino, hoy*, que abordó magistralmente exponiendo un tema, entonces muy acuciante, *Santo Tomás y los problemas filosóficos de hoy*.

2. Era el año 1974 y, en esas fechas, el mismo profesor Sciacca estaba escribiendo su *Prospettiva sulla metafisica de San*

*Tommaso*, con ocasión del VII centenario de la muerte del Aquinatense, en «un pequeño pero sincero homenaje de un pensador de la línea, digámoslo también, aunque con muchas reservas, "platónica" —son palabras del mismo autor—, a la mente más excelsa de la cultura católica, en un momento, el nuestro, cuando una cierta fácil "contestación", que se dice desenvueltamente desacralizadora y desmitificadora, no la respeta o pretende adaptarla, desnaturalizándola, para sus fines, que son, en nuestra opinión, antitéticos a los que son propios del pensamiento teológico y filosófico de Santo Tomás».

Al concluir el preliminar de ese libro, decía Sciacca: «En el *Prologus*, dice Santo Tomás, que la *Summa Theologiae* va dirigida *ad eruditionem incipientium*. El que esto escribe, sobre todo en estos últimos años y después de cuarenta y cinco de milicia filosófica, se ha matriculado en esa escuela de "principiantes". Y hace votos porque, en la actual situación histórica, haya quienes deseen hacer otro tanto».

Después de fallecido el autor, uno de los mejores tomistas actuales, el dominico padre Victorino Rodríguez, en *Verbo*, 147, comentaría: «Declaración tan sorprendente de un maestro tan famoso merece señalarse. Sin duda que el "Buey mudo de Sicilia" (apodo de fray Tomás entre los estudiantes de Colonia) habría sonreído amablemente al recién fallecido profesor siciliano».

Por mi parte, tuve la suerte de ser alumno suyo —del maestro, nacido en Giarre y profesor de la Universidad de Génova— en la relectura que, junto al lago Maggiore, expuso en el Centro Intelectual de Estudios Rosminianos de Stresa.

Sciacca, a medida que escribía esa *Prospettiva* y tenía en limpio cada capítulo, nos lo enviaba, yo se lo pasaba al padre Bernardo Monsegú, C. P., quien lo traducía al castellano. El primer capítulo constituyó su referida ponencia de nuestra XIII Reunión, y aparecería en *Verbo*, 133-134, en el mismo número en el cual, muy apenados, dimos la dolorosa noticia del fallecimiento de su autor. Después, en el ejemplar correspondiente a los meses de agosto-septiembre-octubre de 1975 aparecerían los

capítulos II y III, y sucesivamente los demás, hasta completar la versión española de la *Perspectiva de la metafísica en Santo Tomás* editada también separadamente (Madrid, Speiro, 1976).

En este estudio, efectuó una relectura de Santo Tomás de Aquino, que —dice Sciacca— no quiere ser sino «un simple punto de vista, el de la "filosofía de la integralidad" sobre algunos temas metafísicos del pensamiento del Aquinatense en relación con los problemas del mundo contemporáneo»; pues, el *Doctor communis* —sigue el autor— «debe ser visto en su tiempo, pero como cualquier otro pensador con el que es necesario contar en nuestro tiempo y en todo tiempo». En una relectura —explica— no se trata de efectuar «fatigosas repeticiones de tercera o cuarta mano, ni de un volver sin más a Santo Tomás, lo que equivaldría a reproponerlo fuera de su tiempo», sino, en lugar de una *vuelta atrás*, por el contrario, «hacer que el pasado vuelva a nosotros, penetre en nuestra situación histórica de manera que se haga "presente" en nosotros, "actual" y "contemporáneo"; y así esté proyectado siempre hacia el futuro. Por tanto, ni vuelta al pasado, ni olvido del pasado, sino presencia viva, estimulante y fecunda en el presente».

3. Uno de sus *Studi sulla filosofia antica* recogió un comentario bibliográfico suyo, escrito en 1946, acerca del libro de Fernand Van Steenberghen, *Aristote in occidente*, donde se examinan las primeras fusiones operadas entre el pensamiento griego de Platón y Aristóteles con el árabe de Avicena, Averroes, Avicbrón y Maimónides; y su penetración, durante el siglo XII, en el mundo cristiano, donde el movimiento dialéctico, con Abelardo, consagraría el triunfo de Aristóteles en la lógica y la introducción de su teoría del conocimiento en las escuelas. Fue un prelude de su pleno triunfo en el siglo siguiente, donde tomaría pie firme en las orillas del Sena, a la sombra de Notre-Dame de París, hacia 1240 y se desarrollaría, con etapas en San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás. Entre 1250 y 1265, se recibió lo esencial de la formación filosófica del Estagirita, y fue reconocido como el más grande de los filósofos paganos.

Ya en el Preliminar de su *Perspectiva* anticipa Sciacca que «el Aquinate, a fuerza de querer permanecer fiel a la tradición y hacerse discípulo de todos —de Platón, de Aristóteles, de los neoplatónicos y de los padres, de los pensadores árabes y hebreos— ha sido un grande y a veces audaz innovador, y, por eso mismo, ha ido incluso más allá de aquel mismo Aristóteles del que, más que de ningún otro, se juzgaba discípulo».

Santo Tomás renueva la tradición platónica, y neoplatónica, iniciada por San Agustín; y efectúa su síntesis con esa nueva cultura aristotélica llegada a la Universidad de París. Toma posición frente al Aristóteles expuesto por los árabes. «Lo piensa de nuevo, le saca todo su veneno para hacerlo inocuo y lo interpreta en el sentido siempre más favorable a sus fines, ayudándose de todas las aportaciones; se construye su Aristóteles, contrario al de Averreos y Sigerio».

Santo Tomás —dice Sciacca— se sirve de Platón, «cuando éste es aprovechable para salvar o deshacer los "escollos" de Aristoteles; y de este último, para afrontar los "escollos" no menos peligrosos que hay en el ateniense. No haberse hecho cargo, hasta hace poco decenios, del componente fundamental "platónico", y haber querido hacer del Aquinate filósofo un aristotélico, siquiera muy personal, es lo que ha dañado mucho la originalidad de la síntesis del Aquinate, a la comprensión de su pensamiento integral, y a su perenne actualidad» ... «Síntesis original —decimos—, Santo Tomás no es platónico ni aristotélico, es sencillamente Tomás, como Agustín es Agustín y no Platón o Plotino, pues son cada uno lo que son, como cada auténtico pensador es el mismo».

4. El punto donde me parece más interesante la relectura que hace Sciacca del Aquinatense, en relación a su superación del aristotelismo, es el relativo a la teoría del conocimiento.

Recuerdo de su enseñanza oral en el curso de Stresa, su explicación de que el verdadero conocimiento radica, según Platón, en las ideas, según a Aristóteles lo hallamos en las cosas y, según Santo Tomás, resulta de nuestra intelección de ellas, es decir, de la *adaequatio* o *conformitas rei et intellectus*.

En sus conversaciones nos explicaba, muchas veces, la contraposición del Aristóteles de Averroes —recogido especialmente en el campo cristiano por Sigerio de Bravante— con el Aristóteles de Santo Tomás.

Vamos a tratar, aquí, de hacer una brevísima síntesis de cómo lo explica nuestro maestro en el capítulo II de su *Perspectiva*.

«Santo Tomás —dice Siacca— en el mismo momento en que Aristóteles hace comenzar el conocimiento sensitivo a partir de los sentidos, nota con Platón la insuficiencia del conocimiento sensible y la necesidad del entendimiento, único capaz de un conocimiento verdadero (de saber); y, con Platón, opone al sensismo y al materialismo la actividad intelectual (S. Th. 1, 84, 6)».

Y, precisando esta cuestión, explica: «Un punto central de la doctrina tomista sobre el conocimiento es el de la *abstracción*. Es también uno de los puntos que suponen mayor esfuerzo de mediación entre Aristóteles y Platón, Platón y Aristóteles, con el fin de superar tanto el racionalismo como el sensismo, a los que subyace siempre una forma de materialismo. A su vez, la abstracción va estrechamente unida a la doctrina sobre el entendimiento agente, que es el principio iluminador de los datos de la experiencia, de modo que surja lo universal».

El entendimiento humano —explica Siacca, resumiendo a Santo Tomás—, solo se actúa «cuando se ve determinado por un objeto que le es proporcionado, y que no puede ser más que *del mundo de lo corporal*, pero considerado *abstractamente*; esto es conocido por conceptos universales, lo que equivale a decir abstraídos de las condiciones que individualizan el ser y le hacen ser "tal" ser».

Abí se remite a las conclusiones del Aquinatense, en *S. Th.* 1, 85, 1, que extracta. «Es propio del entendimiento humano conocer la forma que existe individualmente en la materia corpórea; pero considerándola no tal como es»; lo que quiere decir "abstraer la forma de la materia individual que está representada por el fantasma (imagen)". Por eso, "nuestro entendimiento conoce las cosas materiales por abstracción de las imágenes sensi-

bles, y mediante las cosas así vistas llega a un cierto conocimiento de la realidad inmaterial».

«La abstracción —sigue ya Sciacca— es precisamente el proceso de "desmaterialización" de los seres, la que los pone en estado de cognoscibilidad intelectual, esto es de inteligibilidad de la esencia universal».

5. Advierte nuestro maestro que, al haber abandonado ese modo de abstracción realista, el mundo moderno se ha deslizado, unas veces, por el empirismo; y, en otras, se ha perdido en idealismos racionalistas.

En el primer caso, no alcanza a captar la esencia universal de las cosas y se queda tan solo con la pura intuición sensible e inmediata que —dice— «es mera *abstrusidad*, pues abolida la abstracción, al perderse la esencia se pierde lo real y, con ello, la caída en el nominalismo es inevitable».

En el segundo, equivoca el punto de partida, «arrancando de la intuición racional —diversa de la intuición intelectual en sentido platónico y agustiniano— pierde los accidentes y se hace la ilusión de asir la esencia»; pero, no hace sino «sustancializar los datos mentales o artificiales».

En ambos casos, advierte Sciacca: «La estructura de la realidad de sustancia y accidentes, rota en dos, se pierde, y con ella se pierde la estructura ontológica de los entes. De ahí el materialismo abstracto y el espiritualismo abstracto» ... «esos idealismos o abstrusidades, en los que desde hace cuatro siglos se debate el pensamiento moderno: la abstrusidad del materialismo empirista y la abstrusidad histórico-espiritualista; dos formas radicales del "naturalismo", a las que corresponde, según prevalezca una sobre la otra, ora el "cuantismo" cientifista, ora el "cualismo" espiritualista. La "*cantidad*" sin la *calidad*, o la "*calidad*" sin la *cantidad*, dos "grandes" sin grandeza».

Además de esta ruptura, también en el mundo moderno se padece otra de la que asimismo alerta Sciacca. El universal, como explicó Santo Tomás interpretando a Aristóteles, es un objeto inteligible al hombre, pero que no existe en las cosas o en la na-

turalidad, sino que se obtiene por el acto de entender, de *facere intelligibilia actu*, que significa «universalizar», partiendo de las notas *individuales*, el conocimiento o pensamiento de la esencia, que es la función propia del entendimiento «agente» —mientras que el «pasivo» recibe el impacto de las sensaciones que nos llegan del exterior. Pero, ese pensar, el universal o la esencia inteligible, «no rompe la unión de esencia y existencia». Esta ruptura sí la producen, de una parte, el existencialismo contemporáneo —que no aprehende sino fenómenos singulares y niega las esencias y las sustancias, que considera «no son más que nombres objeto de fantasmagorías metafísicas—, y, de otra, el más radical «esencialismo» —según el cual— «no existen más que las esencias pensadas que se resuelven en lógica, o en las relaciones conceptuales immanentes al pensamiento o al espíritu», con lo cual «el ser y lo real se disuelven».

El profesor Sciacca, al concluir ese tercer capítulo, muestra que el hombre dispone, según el Aquinatense, de tres medios de conocer:

— El conocimiento primero, obtenido por abstracción del aspecto inteligible de las cosas, que es el más común y general en el hombre.

— Otro, por «intelección» de los primeros principios, que «*statim naturaliter apprehenduntur*», por lo que al entendimiento se le llama «*habitus primorum principiorum*», denominado *intelligi* a ese acto intelectual inmediato intuitivo de los primeros principios, e *intellectus* a su hábito (*S. Th.*, 1, 58, 3, resp.). Si bien ese conocimiento —sigue Santo Tomás—, propio de los ángeles, tiene en el hombre la poca intensidad de su luz intelectual; por lo cual no puede alcanzar de una sola mirada toda su virtualidad ni todas las consecuencias en ellos contenidas. Sciacca pone los principios de no contradicción y de identidad como ejemplo de intuición inmediata del hombre.

— Y, el otro, es el raciocinio o *discursus*; es decir, el conocimiento discursivo, por el cual, del conocimiento de una cosa, se accede al de otra.



6. A finales de 1987 —es decir, hace poco más de un año— ha aparecido, en España, un grueso y sustancioso volumen, con más de 700 páginas, *Sobre la esencia del conocimiento*, del que es autor el reciente y prematuramente jubilado Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, Francisco Canals Vidal (\*). Es —dice el profesor Millán Puelles— uno de los diez o doce mejores libros de filosofía que aquí se han publicado en todo este siglo.

En esa obra vemos confirmado, y, después, profundamente razonado, cuanto hemos visto enunciado por Sciacca. «Santo Tomás no vacila en reconocer —escribe Canals Vidal— que, en el sentido por él afirmado, es verdadera la tesis platónica que sostuvo que todo lo que el hombre llega a conocer lo poseía ya antes como conocido. De ese modo hallamos reconocido en Santo Tomás cierto carácter de pre-cognición fundamental a todo aquello que pertenece a la estructura necesaria, esencial y universal ontológica, sin la que no podría realizarse ningún conocimiento intelectual de la realidad sensible».

Nuestro maestro Sciacca había explicado que, en *De spiritualibus creaturis*, 10, dice Santo Tomás, que «no supone mucha diferencia» —«*Non multum autem refert...*»— decir, con Platón y San Agustín, «que nos son dados por Dios los objetos inteligibles», o, con Aristóteles, «que nos es dada la luz para poder hacer inteligibles los objetos». Y, explica Sciacca: «Santo Tomás sabía muy bien que la diferencia se daba», pero quiso significar, por un lado, «que un católico puede seguir una u otra sentencia en cuanto no está en juego ninguna a verdad de fe; y, por otro, añadimos nosotros [sigue diciendo Sciacca], que hay dos perspectivas gnoseológicas —siempre que se tome el *lumen* agustiniano en el sentido de "luz natural" dentro de los confines de la metafísica del ser; y, como tales, aceptables, dado que en una

---

(\*) Cuando corrijo estas pruebas, ha tenido el profesor Canals las enormes alegrías, que con él comparto, de que esa que fue su cátedra y, antes, la de su maestro Jaime Bofill, la ha ganado, votada por unanimidad, su discípulo Eudaldo Forment, y de ser elegido académico de la Pontificia «Santo Tommaso de Aquino» de Roma.

y otra se salvaguardan la objetividad del conocimiento y la inteligibilidad de lo real».

Canals Vidal explica muy bien el paso que, desde la percepción sensible lleva a la intelección humana, según la concepción tomista: «aunque se reconozca la originación extrínseca del conocimiento intelectual humano a partir de las cosas materiales, habrá que afirmar a la vez que el conocimiento solo "entiende en acto lo que existe en él como inteligible en acto" y habrá que atribuir a la propia alma intelectual "la formación de las semejanzas inteligibles de las cosas" [lo que Canals ha puesto entre comillas, es de Santo Tomás, en *De Veritate*, 10, 6, *in c.*]. En ese sentido —dice Canals—, el entendimiento no es una capacidad para mirar fuera de sí mismo, sino que está destinado a traer las cosas a sí mismo y considerarlas dentro de sí mismo».

Para verlo claro, debemos diferenciar las imágenes sensibles que nuestros sentidos captan de la realidad y las imágenes inteligibles que formamos en nuestra conciencia. Canals explica que, en las primeras, «la naturaleza de las cosas es representada como término objetivo inmanente, en nivel todavía no desmaterializado e inteligible, pero ya interno, intrínseco a la conciencia intelectual sensible humana»; y, en las segundas, la imagen sensible se hace inteligible, de tal modo que «lejos de presentar la imagen sensible como un calco pasivo o como una idea confusa y debilitada de la impresión intuitiva, se muestra regida y como organizada, según aquella capacidad proyectiva posibilitadora de la objetivización que constituye la función propia de la cogitativa, como facultad de juicio singular, y de la memoria como aprehensiva de las cosas en su proceso temporal». Es decir, la imagen sensible tiene una función mediadora entre las cosas materiales, y la imagen inteligible, es una «mediación necesaria para que el entendimiento ejerza, a través de su "conciencia sensible" aquel "traer de las cosas a sí mismo" que define el modo propio del conocimiento intelectual».

«... *intellectualis cognitio non consistit in ipsis phantasmaticis [imágenes] sed in eis contemplatur paritatem intelligibilis veritatis*» —insiste el Aquinatense en *S. Th.*, 2.<sup>o</sup>-2.<sup>o</sup>, 5, ad 2.—

Como explica Canals, ese conocimiento sensible «es la causa material no la causa total del conocimiento de las esencias de las cosas, cuya causa formal ha de ser buscada ya en la vertiente por la que el conocimiento intelectual humano ha de ser considerado también como parcialmente originario intrínsecamente; es decir, desde la propia alma intelectiva y en virtud de una actividad anterior e independiente con respecto a la receptividad a partir de lo sensible».

«Esta anterioridad —sigue diciendo Canals— no implica en modo alguno el carácter innato del concepto de ente, pero sí la afirmación de que los primeros conceptos son conocidos de modo "directo" e "inmediato" en virtud de la propia luz connatural a la mente, que es "el entendimiento agente".

»Los principios cognoscibles inmediatamente en virtud de estos primeros conceptos, son el instrumento de la propia luz intelectual para que puedan descubrirse en las imágenes sensibles las esencias determinadas de las cosas». Si esa luz no perteneciese al entendimiento mismo, «no se descubriría, en el contexto de las singularidades accidentales, el objeto propiamente inteligible de la esencia de la cosa».

Tal como repite, con palabras de Cayetano, «con la luz del entendimiento agente la imagen misma es ilustrada al modo como el color es hecho visible, porque por aquella iluminación se patentiza y brilla en la imagen aquello que en ella hay de esencial o natural, y no la singularidad que en lo sensible está unida a ella, por lo que la misma iluminación es abstractiva».

«La inteligencia o capacidad de conocimiento objetiva de esencias —dice Canals en la conclusión de su libro— emana de la memoria sustancial de la mente, íntima y radicalmente presente para sí misma por poseer el ser con independencia de la materia».

Termino. Nuestro maestro, el profesor Michele Federico Sciacca sigue proyectando su luz en nuestra intelección a quienes fuimos y seguimos siendo sus discípulos; y, en la memoria suya, continuamos entrañablemente fieles a la amistad con la que él tan generosamente nos enriqueció.